

Crónica de las políticas gubernamentales del sismo

19 de septiembre 2017

PEDRO AMAURY MIRANDA BELLO
pedroamaurymiranda@hotmail.com
Universidad Autónoma Metropolitana

I. CONTEXTUALIZANDO

Faltaba poco menos de quince minutos para finalizar la clase de Formación Cívica y Ética. Las pequeñas vibraciones comenzaron a mostrarse en el proyector del salón. Los alumnos pausaron sus actividades, sorprendidos y con incredulidad llena de estupor. Con mirada de interrogación, una alumna indicó que las vibraciones eran a causa de un pesado camión que cruzaba la avenida. Sin embargo, una brusca sacudida cambió rápidamente la perspectiva. La indicación inmediata fue “salir lo más pronto posible”, aunque el tono de mi voz se quebraba aún sin comenzar a ver lo peor. Era evidente: presenciábamos un sismo de magnitudes sin precedentes.

Al salir de la secundaria, nos dimos cuenta de que en esa tarde las cosas para el país habían cobrado un tono lúgubre en medio del septiembre patrioter. Lo siguiente sería prácticamente la historia de un nuevo porvenir que difícilmente se nota esperanzador en el corto plazo.

El objetivo de este ensayo, con tintes de crónica-crítica, es tratar de evidenciar la capacidad para superar la hegemonía del Estado. Develar la historicidad del régimen actual y, por supuesto, de su estructura jurídico-política. En efecto, el gobierno, el Estado en general, por algunos instantes fue superado por la población civil. Calificar de contrapoder este suceso tan fugaz parece arriesgado, pero es justa la apreciación cuando analizamos la capacidad organizativa de la población en medio del desastre. El gobierno y el Estado estuvieron prácticamente ausentes en las primeras horas después del sismo. Su mayor agilidad la mostraron en los medios de comunicación. La mayoría de las personas coinciden en el juicio sobre la falta de capacidad organizativa del gobierno, para solucionar el problema de los más afectados. Sin embargo, al pasar los

días, el Estado logró recuperar su hegemonía y lo que pudo ser un viraje político significativo se fue neutralizado poco a poco.

II. LAS DOS VERSIONES: GOBIERNO Y PUEBLO EN DISPUTA

La primera indicación del gobierno federal, en medio del caos, fue sencillamente: “mucho ayuda el que poco estorba”. Se realizó un llamado generalizado, auspiciado por los medios de comunicación, a no salir de casa, a menos que fuese estrictamente necesario.

Por primera vez en el sexenio, el gobierno peñista tuvo la oportunidad para limpiar su imagen, después de tantos errores gubernamentales. En efecto, lo intentó, pero continuó con su oportunismo en medio de la tragedia, sin salir bien librado de lo ocurrido. Otros aparatos estatales como el Ejército, la Policía Federal y la Marina también trataron de limpiar su imagen. Los dos primeros tenían ante sí la presunta responsabilidad de la desaparición de los 43 normalistas de Ayotzinapa. La Marina, por su parte, las ejecuciones extrajudiciales en Tlatlaya. En efecto, hablamos de una grave crisis de legitimidad del gobierno mexicano que lo carcome desde hace un par de años. Con el sismo, esta situación vino a agudizarse, y la credibilidad en el gobierno no tuvo repunte alguno. Televisa y otros grandes medios de comunicación intentaron limpiar la imagen de los aparatos represivos del Estado, con personajes como Frida, la perrita que destacó por aparecer siempre en las fotos con la casaca de la Marina. Sin embargo, fue increíble la intención y pobre el resultado, la imagen gubernamental continuó por los suelos.

Por otro lado, tuvimos la versión que emergía en redes sociales, de los líderes de opinión de izquierda y personas críticas del gobierno. Se evidenció la cooptación de víveres por parte de los distintos niveles de gobierno. Se habló de la organización autónoma y popular, de la solidaridad y el heroísmo de millares de trabajadores, dispuestos a no claudicar removiendo escombros y buscando alguna esperanza de vida. El gobierno, más que un garante de seguridad y organización, apareció como una figura que entorpeció la búsqueda, porque su intención era otra.

Lo que reveló este choque de ideas, de creencias e imaginarios, fue el divorcio generalizado entre una sociedad y un Estado. En efecto, hubo dos opiniones contrariadas, de intereses diametralmente opuestos. Este divorcio no era producto exclusivamente del sismo, sino de un proceso de años que ha minado totalmente la confianza en las autoridades.

La juventud que desbordaba las calles en la Ciudad de México era algo incómodo para un gobierno que no tenía ni un año de haber sido puesto en jaque con las iniciales manifestaciones contra el gasolinazo, en enero de 2017. Y poco más de un año con las rebeliones magisteriales, después de Nochixtlán.

El Estado, como tal, no podía permitirse el lujo de dejar a la población tomar las riendas de su destino tras el sismo. Quizás, el priismo recordó la gran movilización social que surgió después del sismo de 1985.

En medio de este escenario, en el fondo aparecían los intereses empresariales. Sin duda alguna, querían pasar rápidamente a la etapa de remoción de escombros y reconstrucción. No sólo porque siempre deja más ganancias la construcción que la búsqueda y rescate de vidas, sino para poner a trabajar todos los edificios (muchos de ellos estratégicos en el sector de servicios) parados por la catástrofe. En efecto, la voracidad empresarial no se dejó esperar. Los trabajadores, en muchos casos, se presentaron a laborar aun sin que sus edificios tuvieran un dictamen estructural. En el peor de los casos, los procesos para la restauración y el maquillaje hacia los daños estructurales fueron apresurados para pasar desapercibidos ante Protección Civil, quedando latentes los peligros para futuros sismos. Merece la pena preguntarse: ¿cuántos edificios en la Ciudad de México y otros lugares del Valle de México fueron maquillados? La posibilidad de que esas estructuras caigan seguirá latente.

Era evidente: teníamos dos visiones contrapunteadas, una que planteaba continuar con la etapa de búsqueda-rescate y otra (gobierno y empresarios) que quería pasar casi directamente a la reconstrucción. Para el gobierno era indispensable que pasara rápidamente la etapa de búsqueda y rescate, no únicamente por cuestiones económicas, sino para ocultar, sepultar y olvidar las evidencias de la corrupción en los permisos de construcción. La decena de edificios caídos se debía, en gran medida, a la corrupción. Los distintos niveles de gobierno son responsables, cómplices y actores directos de permitir construcciones incapaces de resistir sismos de esta magnitud. Edificios fuera de los códigos de construcción, otros tantos sin el reforzamiento después del sismo de 1985 y subsecuentes sismos que abonaron al deterioro de las estructuras.

Esta profunda grieta que se abrió entre la sociedad y el Estado tuvo sus primeras fracturas en las rechiflas ocurridas al presentarse distintos políticos en las zonas afectadas. Era evidente la separación entre ambos actores.

III. EL OPORTUNISMO PARTIDARIO

En medio de la tragedia, se abrió el debate sobre el financiamiento partidario; es decir, la idea de redireccionar el dinero público para la reconstrucción. Con el alegato del compromiso social, los partidos querían posicionarse mediáticamente. Se planteó la posibilidad de eliminar el financiamiento público por el privado. Algo que, lejos de reavivar la confianza, evidenció su cretinismo y servilismo hacia las élites empresariales. Era obvio que todos querían quedar bien de cara a las elecciones de 2018. Querían limpiar sus manchas de podredumbre.

Entre las primeras acciones partidarias, se realizó el despido masivo a trabajadores por honorarios y hubo reajustes presupuestarios entre los funcionarios. Aunado a ello, los partidos de todos los colores comenzaron una carrera por tratar de juntar fondos para el apoyo a damnificados. Con la única intención, seguramente, de utilizar el dinero como mecanismo clientelar.

Semanas después del sismo, y ante los desbarajustes estatales, los caminos en los diversos partidos se fueron bifurcando. Las peleas por las candidaturas presidenciales de cada partido se desataron; especialmente, en el Partido de Acción Nacional (PAN) se evidenció su enorme fractura. Los caminos tomados fueron por la vía independiente. El mar de candidatos que llegaron al registro del INE, quizás tenga ecos de distinto cariz e implica estrategias de todo tipo para fragmentar el voto; surge la desconfianza ciudadana ante los partidos y la propia iniciativa popular. El sismo catalizó, en gran medida, el descontento que se refleja en los múltiples intentos de candidaturas independientes. Sin duda, la votación en los futuros meses tendrá un sello: 19 de septiembre de 2017.

IV. A MODO DE CONCLUSIÓN: LOS DESASTRES, MÁS SOCIALES QUE NATURALES, EN MEDIO DEL CONTEXTO ELECTORAL

Siempre que se utiliza el término “desastres naturales”, se ocultan algunos elementos y responsabilidades de fondo. El sismo, como tal, no fue algo fortuito o sorprendente si consideramos la historia sísmica de nuestro país y las investigaciones de los sismólogos. Se sabe qué tipo de estructuras pueden resistir a sismos de magnitudes superiores a los siete grados Richter y con epicentros cercanos. Las investigaciones en cuanto al tipo de suelo y las aceleraciones sísmicas son elementos conocidos por las autoridades, las cuales además están reflejadas en los códigos de construcción. En efecto, el sismo no fue un desastre natural sino social.

Si hablamos de responsabilidades, tenemos una innumerable lista. Desde los gobiernos delegacionales, para el caso de la Ciudad de México, hasta la Presidencia de la República. Desde la violación de los códigos de construcción hasta reducción del presupuesto para Protección Civil en 25% (en 2017) y 20% menos al Centro Nacional de Prevención de Desastres (CENAPRED), entre otros aspectos recortados en esta materia.

En medio de este panorama, nada alentador, las elecciones de 2018 se encuentran a la vuelta de la esquina. La reacción de la población seguirá siendo de desconfianza; ningún partido logró labrar la credibilidad cuando era necesario. No actuaron con responsabilidad, pues todos querían obtener algo de la tragedia. Todos, sin excepción, constituyen un bloque casi monolítico que no tiene mayores diferencias para la mayoría de la población, salvo en sus discurs-

sos. Lo que ocurra en las elecciones de 2018, sin duda, serán las consecuencias políticas del sismo. De esta forma, quien logre articular un discurso acorde a los nuevos imaginarios postsismo, tendrá una enorme ventaja. Porque si algo se logró consolidar con el sismo fueron las preferencias disruptivas, mucho más cercanas a un discurso “antisistema”.

Pese al panorama descrito, no se asegura un cambio en la dirección política de nuestro país: un cambio real aún no se ve claro. Incluso esta desconfianza desorganizada es la mejor garantía para la élite política y empresarial, para mantener a nuestro país con los mismos niveles de desigualdad, pobreza e impunidad. Se logró recomponer el espíritu de unidad entre la mayoría de los mexicanos, cambiaron ciertas preferencias políticas, pero esto no asegura en absoluto un cambio en las macroestructuras.

Fue un hecho que el Estado mexicano y el gobierno se vieron superados con el sismo. La población desbordó las calles y las carreteras para llevar el acopio, era un apoyo directo de pueblo-pueblo. El gobierno interfirió, intentó cooptar, neutralizó y borró evidencias con cercos militares en ciertos edificios caídos, de los cuales hasta la fecha se desconoce mucho. Estos sucesos llaman la atención, ya que atestiguan la clara separación entre la población y sus autoridades; evidencian la falta de coordinación entre los niveles de gobierno. Empero, con el paso de las semanas, la organización popular que emergió del sismo no trascendió.

Hablamos de un Estado superado por momentos en cuanto a su organización. Pero, con el pasar de las semanas, la normalidad tan deseada por las élites se instauró de nueva cuenta. De esta manera, pudo observarse que el gobierno federal, principalmente, quedó mucho más deslegitimado; sin embargo, el descrédito del gobierno no es igual a incapacidad estatal. En efecto, el Estado quedó mucho más robustecido, pues se lograron salvaguardar las estructuras jurídico-políticas, que son las que trascienden y no la imagen del gobierno en turno. Si retomamos algunos aspectos esenciales de la teoría política y del objetivo estatal, encontramos que éste, en última instancia, trata de lograr mantener la cohesión social de la formación social. En sentido técnico y no ético, la mejor política es aquella que logra sobreponerse a las sorpresas, eventualidades, más allá de la política de rutina que sigue pautas y conserva. El Estado, como tal, se sobrepuso, domesticó y sacó de las calles a la población civil. Lo hizo porque no estaba en condiciones económicas y políticas para que las calles estuvieran tomadas por la población. Pues era cuestión de días para que las consecuencias sociales del sismo despedazaran al Estado mismo.

Ahora bien, el Estado logró estabilizarse gracias a que sólo una zona del país fue la que colapsó. Es preciso recordar que fue una parte de México; para

aquellos que no fueron afectados directamente por el sismo, quizás las cosas se vieron desde otra óptica, como ocurrió en el norte del país. Esta afirmación se sostiene si comparamos algunas encuestas de opinión, como la que publicó Consulta Mitofsky, en la cual se constata que más de 80% de la población se informó sobre el sismo a través de la televisión, la cual pactó con el Estado y mostró una publicidad favorable.

La conclusión, de cara a las elecciones de 2018, parece un poco pesimista para aquellos que sueñan con porvenires dados de la nada y contruidos por casualidades fugaces. Las inclinaciones electorales irán de uno a otro candidato y partido. Muy probablemente el priismo no logre recuperarse electoralmente, pero un cambio drástico en el régimen estatal no se ve nada cercano. Por lo pronto, sólo nos queda el recuerdo y la confirmación de que el Estado es una figura endeble en momentos coyunturales, como son las catástrofes sísmicas de tal magnitud. A la par, es necesario ser conscientes de la capacidad popular para construir otras formas orgánicas, para reafirmarnos que no necesitamos de otros (líderes iluminados, gobiernos y partidos electorales) para solucionar nuestras más urgentes demandas sociales.